

# Hoja Dominical

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS DE COSTA RICA

AÑO  
XVIII

Redacción y Administración  
PP. Capuchinos, Cartago.

5 ejemplares semanales  
© 7.00 al año.

50 ejemplares semanales  
© 1.25 cada semana.

Nº.  
824

## SANTORAL

Dom. 5 **Primero después de Pascua.** Santos Ricardo obispo, Vulpiano, Pancracio y Benigno mártires.

Lun. 4 Santos Isidoro obispo de Sevilla, Benito de Palermo y los mártires Diácono y Teódulo.

Mart. 5 Santos Vicente Ferrer conf., Zenón e Irene mrs.

LUNA NUEVA a las 8 p. m.

Miérc. 6 Santos Celestino, Timoteo, Marcelino mártires y Guillermo abad.

Juev. 7 Santos Epifanio, Donato y Rufino mártires.

Viern. 8 Santos Perpetuo obispo y los mártires Edesio, Jenaro, Máxima y Macaria.

Sáb. 9 San Marcelo obispo y los mártires Demetrio, Conceso e Hilario.

### CORTE DE LA DIVINA PASTORA

El sábado día 9, corresponde obsequiar a la Divina Pastora de las almas, con los cultos correspondientes al Coro 8 de que es Celadora la Srta. Oliva Marín C.—María Santísima es: Mujer benditísima sobre las demás mujeres, por cuanto nos trajo la bendición perdida por Eva; si ésta nos concibe en pecado para la muerte, María nos engendra para la vida en gracia. (San Pedro Crisólogo)

### Domingo in Albis

Evangelio según San Juan—Cap. XX, vs. 19-31

En aquel tiempo: siendo ya muy tarde, aquel mismo día, primero de la semana, y estando cerradas las puertas de la casa donde se hallaban reunidos los discípulos por miedo de los judios, vino Jesús, y apareciéndose en medio de ellos, les dijo: La paz sea con vosotros. Dicho esto, mostróles las manos y el costado. Llenáronse de gozo los discípulos con la vista del Señor, el cual les repitió: La paz sea con vosotros. Como mi Padre me envió, así os envió yo también a vosotros. Dichas estas palabras, alentó o *dirigió el aliento* hacia ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. Quedan perdonados los pecados a aquellos a quienes los perdonareis, y quedan retenidos a los que se los retuviereis. Tomás, empero, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Dijéronle después los otros discípulos: Hemos visto al Señor. Mas él les respondió: Si yo no veo en sus manos las hendeduras de los clavos, y no meto mi dedo en el agujero que en ellas hicieron, y mi mano en *la llaga* de su costado, no lo creeré. Ocho días después estaban otra vez los discípulos en el mismo lugar, y Tomás con ellos. Vino Jesús, estando también cerradas las puertas, y púsoseles en medio, y dijo: La paz sea con vosotros. Después dice a Tomás: Mete aquí tu dedo, y registra mis manos; y trae tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino fiel. Respondió Tomás y le dijo: ¡Señor mío y Dios mío! Díjole Jesús: Tu has creído ¡oh Tomás! porque me has visto: bienaventurados aquellos que sin haberme visto han creído. Muchos otros milagros hizo también Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritos en este libro. Pero éstos se han escrito con el fin de que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que, creyendo, tengáis vida eterna en virtud de su nombre.

### Aplicación moral

Tomás estuvo verdaderamente obstinado en su incredulidad. No se hallaba con los demás apóstoles, cuando, el mismo día de la resurrección, se les apareció el Salvador. La primera vez que se encontró con ellos, todos a porfía le dirían: «Hemos visto al Señor». Reconstruyamos con la imaginación aquella escena animadísima, repetida sin duda muchas veces durante la semana siguiente, cuando la afirmación unánime de todos los condiscípulos se estrellaba en la obstinación indomable de Tomás. —Hemos visto al Señor—dirían ellos.

—¿Al Señor?—diría Tomás. ¡Imposible!  
—Pero si nosotros le hemos visto con nuestros ojos...  
—No puede ser: no era él. Os habéis equivocado.  
—Pero si nos ha mostrado las manos, los pies y el costado, con las cicatrices aún de las heridas... Nos ha hablado, ha comido delante de nosotros, y ha repartido entre nosotros las sobras.  
—Estaríais soñando... O era algún fantasma.  
—Eso mismo creíamos nosotros; pero él mismo ha quitado nuestro engaño, dándonos a tocar sus

manos de carne y hueso como las nuestras.

—Pues... no lo creo.

—Vamos, Tomás, no seas así. Ya nos conoces. Recuerdas muy bien que en otra ocasión tomamos a Jesús por un fantasma que caminaba sobre las olas, hasta que nos convencimos que era él. Además ya antes de aparecérsenos, se había manifestado el Señor a María Magdalena, que en todo pensaba menos en verle vivo; a Pedro, que ya sabes que no es visionario; a Cleofás y a su compañero, que iban a Emaús, tan ajenos de verle y tan incrédulos como tú ahora. Vamos, Tomás, ríndete a la evidencia.

—Pues, ya os he dicho que no lo creo. Y os certifico que si no viere yo en sus manos la señal de los clavos, y no metiere mi dedo en el agujero de los mismos clavos, y no metiere mi mano en la herida del costado, no lo creeré.

¡Qué pintura tan viva de la obstinación de muchos incrédulos modernos! No creen, ni quieren creer. ¿Por qué? Pues, como Tomás, porque no, y porque no. ¿Milagros? ¿Profecías?—Patrañas.—Pero ¿y el hecho de la resurrección de Jesucristo, atestiguado por centenares de testigos, cuyo testimonio consta en documentos de autenticidad y autoridad innegables, más innegables que las de cualquier otro documento de la antigüedad?—A las razones y a los hechos no opone la incredulidad más que estúpidas negaciones. Se dará el caso de que uno ha estado en Lourdes, y ha presenciado alguno o algunos milagros estupendos, comprobados luego científicamente, y argüirá con ellos a algún incrédulo. Ni por esas: «no lo creo, y no lo creo». A este tal no le vayáis ya con razones, no le aduzcáis el testimonio de otros más incrédulos que él, rendidos por fin a la evidencia de la verdad. No perdáis el tiempo; rogad más bien por él para impetrarle la gracia de Jesucristo, única que puede ablandar esta dureza.

## PEDAGOGIA DE LA VOLUNTAD

### MODOS DE MANDAR

Según las doctrinas y los caracteres suelen ser los modos. El pedagogo rusioniano que cree en la bondad absoluta del niño, no mandará nada ni prohibirá nada; dejará al niño a merced de su propia conducta y de las reacciones de la naturaleza sobre él; tiene por única guía y maestra a la naturaleza; no a la del universo, que ésta no rige al niño, sino a la propia, que es la que le rige: primero, por el instinto; después, por la pasión o la razón, según la que en él predomine; y saldrá lo que debe salir, un perfecto monstruo moral. Un pedagogo liberal, respetará la libertad del educando, como Rousseau respeta su naturaleza, y tampoco mandará ni prohibirá nada; dejará a la libertad de su pupilo *que se espontanee*; será él, el pedagogo, quien siga al niño por el inacabable laberinto de sus inconstantes manifestaciones, que a tanto llega el supersticioso respeto liberal a la libertad del niño; y éste, naturalmente, saldrá un perfecto liberal, y tan perfecto que no dejará en paz la libertad de nadie.

Un pedagogo pietista (protestante sentimental con pretensiones de volver a la práctica pura del primitivo cristianismo), prohibirá rigurosamente todos los placeres y alegrías de los educandos (pequeños y grandes), y les ordenará largas horas de mística contemplación; y si su ascetismo tomara las suavidades de Francke, ofrecería a los pequeños pupilos dulces y frutas, como premio, si se abstuviesen del *ilícito* placer del juego: ¡a tanta extravagancia llegó el pietismo protestante!

Si es un pedagogo de los de merengue, a estilo maternal de última moda, tampoco mandará, porque no sabe; ni prohibirá, porque no se atreve: todo se volverá súplicas y ruegos para que no se haga tal cosa, y profecías de males sin cuento para que tal cosa no se haga, mientras el niño seguirá su antojo y hará lo que bien le agrade, de-

jando a su maestro en la misma libertad de predicarle cuanto quiera...

Si el pedagogo es un padre de familia, de los que para educar a sus hijos tiene por única norma su buen o mal humor, se parecerá en sus mandatos y contramandatos al arlequín de la escena que traía debajo de cada brazo un fardo de papeles, y preguntado qué traía debajo del brazo derecho, respondió: «Ordenes».—Y ¿debajo del izquierdo?—«Contraórdenes». Mas, si el pedagogo responsable fuese una madre de familia, de tantas como hay, sin formación previa, sin virtud y sin seso, cuyo único anhelo es el conseguir que su lindo niño lo besen, su modo de mandar conforme el angelito va creciendo en voluntad y en mañas, ya no se simboliza en el arlequín de las órdenes y contraórdenes; habría que simbolizarlo en el gigante Briareo (es metáfora tomada de Spencer) que tenía cien brazos, y debajo de cada brazo un lío de papeles. Y así es el lío de la educación de muchos hijos. Pero si el pedagogo de nuestro cuento no es de ninguna de esas procedencias, novísimas y radicales unas, ya centenarias y trasnochadas otras, sino que es pedagogo sensato, enterado de su misión y cristiano, éste no creará en la bondad de la naturaleza del niño como Rousseau, ni en su inocencia (incapacidad de hacer daño) como Palmerston, ni en la rectitud indefectible con su libertad como el liberalismo insensato, ni en la maldad de todos sus juegos, placeres y alegrías como los pietistas; debe creer lo que es verdad, que el niño, aun el niño bautizado y cristiano, es una naturaleza inficionada de tendencias malas que hay que corregir, sujeto de una libertad vacilante y carente de normas intrínsecas para su gobierno, que hay que sostener, encauzar y dirigir para que no se extravíe; un ser con destinos inmortales que hay que respetar; pero un ser, que con ser nobilísimo es imperfectísimo, y hay que perfeccionarlo; ignorantísimo, y hay que instruirlo; complejísimo en su naturaleza y facultades, y por eso hay que estudiarlo, conocerlo, acercarse con respeto a él, no para dejarlo abandonado a sí mismo, sino para darle la mano y ayudarle en el desarrollo de sus facultades todas, hasta que él por sí mismo se pueda valer y enderezar sus pasos adonde debe ir.

Y este maestro, en virtud de sus doctrinas, creencias y principios pedagógicos, *fundados en el conocimiento verdadero de la naturaleza del niño*, no en su fantasía creadora, no rehusará mandar lo que convenga para anticipar al niño la ciencia del camino, ni dejar de prohibir lo que vea ser inconveniente para el niño, para que no lo haga y no sufra sus consecuencias; ni omitirá el aconsejar a sus tiempos, sin mandatos ni prohibiciones, lo que le pareciere útil para el aprovechamiento de su educando. Pero sus mandatos y prohibiciones serán pocos, lo más pocos que sea posible, para evitar su olvido y menosprecio y no convertir en lazo lo que debe ser camino; y estos pocos mandatos o prohibiciones serán muy completos, claros y determinados, expresados concisamente y con firme voluntad, para que el niño no yerre el objeto ni el camino, y no se vea envuelta en molesta confusión de obligaciones; y para que acepte el precepto de su maestro con la misma resolución que él se lo da; pues sólo el hecho de no aceptarlo resueltamente, con entera obediencia, sería para él un mal y una falta digna de sanción.

Y no añadirá el maestro razones al mandato, porque al niño se le ha de enseñar a obedecer, no saber el por qué se ha de obedecer ni a discutir los mandatos. Ni tampoco añadirá amenazas, porque éstas, fuera de tiempo, hacen perder el crédito de la autoridad; y con los niños que no están para comprender las razones últimas de las cosas ni los resultados últimos de ellas, lo que procede en buena pedagogía son los hechos.

Y no se gastará este maestro en multiplicados

mandatos, prohibiciones o castigos; será paciente, determinado y resuelto; sobrio en mandar y consecuente en lo mandado; tranquilo y sereno en todo tiempo, pues quien no sea primero señor de sí mismo no lo será sobre los, demás, aunque éstos sean niños.

Y la luz de la razón es como la del sol: sólo alumbra claramente cuando no atraviesan nubes a su paso.

---

## A MI MODO DE VER...

El mundo a través de la pupila del fraile tiene que ser algo muy triste, muy negro y desolador. Al asomarnos a la calle parece que nuestro gesto tiene que ser iracundo y nuestras palabras estar cargadas de truenos y centellas.

Así cree la gente mundana y frívola que ha entregado todo el caudal de amor de sus corazones y todas sus casi infinitas aspiraciones a las cosas caducas y marchitables de la tierra y se han infatuado al eco de las palabras de la serpiente mentirosa.

Tal como nosotros presentamos las cosas no agradan a los mundanos. Miramos desde muy distintos puntos de vista, y las perspectivas no pueden menos de ser muy diversas también. No es lo mismo contemplar las cosas a la luz viciada de la perversidad humana y a la luz blanca y pura con que las vistió Dios al llamarlas a la vida.

Se ha adulterado el sentido de la naturaleza. Los fines de la vida se han trastocado groseramente. La materia ha sofocado el espíritu y el aspecto más burdo e innoble de las cosas es el que reluce con esplendores fascinantes.

El materialismo es el que ha envenenado todos los problemas. El, que ha hecho que el niño y el joven y el viejo, igual que se vista de seda y habite en magníficos palacios, o exponga su cuerpo «ayuno», mal cubierto de andrajos, al sol y a la lluvia en el parque público y limosnée en los portales no sienta sino apetencias materiales.

Y es preciso hacer un esfuerzo penitencial para adelgazar la costra burda que nos envuelve y desasir el alma del barro y despertar en los corazones anhelos y aspiraciones más nobles y elevados.

Estas predicaciones son las que nos mantienen a nosotros en eterna contradicción con el mundo.

Para nosotros no se ha apagado la Luz que hace veinte siglos vino a la tierra e irradió sobre el universo entero sus inextinguibles fulgencias desde los caminos y los montes y las sinagogas de Palestina, y examinamos todo a esa Luz inmutable, y estamos tercamente orientados a la Ciudad Santa—supra montem posita—de la Iglesia Católica que no halaga a ninguna concupiscencia terrenal. Por eso nos encontramos nosotros siempre de espaldas al mundo, en la actitud enojosa de reprobación.

Los pueblos se alborozan y celebran con gran ruido nuevos triunfos de la libertad y del progreso, y nosotros miramos con lástima y compasión esas «conquistas» y esos «alborozos» y esos «ruidos». Frecuentemente los anatematizamos y, con libertad evangélica, nos ponemos en pie de guerra. Es que la luz de Cristo tiene la virtud mágica de tiznar fuertemente aquello que para muchos es lo más hermoso y lucido de la tierra, siendo así que bien mirado no es más que tinieblas y negrura.

Nada de extraño tiene, pues, que para una gran muchedumbre de hombres—cuyo número es infinito—el «modo de ver» nuestro del mundo no despierte grandes simpatías, que la vida tal como nosotros queremos sea un llanto y la solución que damos a los problemas sociales «retrogradismo». Nuestro punto de vista es muy alto y por lo mismo muy solitario.

Sin embargo, el secreto de la felicidad está en

nuestro camino, el mundo organizado a «nuestra manera», moldeado según el plan divino sería un paraíso, casi tan feliz y dichoso como se pretende conseguirlo por otros derroteros. La vida tal como nosotros predicamos—a pesar de todas sus abstinencias y sacrificios o mejor, por esto mismo—es pródiga en regocijos y alegrías inmarcables, sobre todo, está enmarcada en los rosados horizontes de una esperanza enloquecedora. Y la sociedad gobernada por las enseñanzas de Cristo no habría conocido los terribles problemas que la traen en perpétua intranquilidad y desasosiego, porque ha menospreciado la senda de la verdad: el pobre sería menos desgraciado, pero menos ambicioso también, el rico más generoso, pero también mucho más feliz.

Siempre es tiempo de hacer prueba. Los que se la han hecho, se maravillaron de no haber dado antes con la auténtica fuente de la felicidad...

FR. P. L.

---

## LA CARIDAD

Esta reina de las virtudes abraza el cielo y tierra. Sube hasta Dios y desciende hasta donde desciende el hombre.

Su objeto es Dios con toda su grandeza, y el hombre con toda su miseria.

Es un amor sobrenatural; lo más puro del sentimiento de un corazón recto.

Nace la caridad de principios sobrehumanos y por lo mismo, ella sola es capaz de sacrificios, sobrehumanos.

Se caracteriza por la *generosidad*. El que ama por motivos divinos, no da solo una leve fracción de la moneda; da su vida.

Va del brazo con la *magnanimidad*. Vence todo obstáculo, aunque sea el del corazón, como Abrahán al levantar el cuchillo sobre su hijo. Es como el fuego, que abrasa cuanto se pone a su paso.

No reconoce los límites señalados por el hombre a las cosas.

Es el elemento de mayor fuerza civilizadora.

Elógiase el célebre catecúmeno de Tours, que dió la mitad de su clámide a un pobre. Pero no fué eso la perfecta expresión de la caridad. Ni lo es besar las úlceras de los leprosos; ni el espíritu de propio renunciamiento de la delicada reina de Hungría; ni la abnegación del misionero que vive entre salvajes; ni la intrepidez del que se lanza a las llamas para salvar la vida de un semejante.

Lo fué el sacrificio sangriento de Dios, que dió la vida por el esclavo culpable y delincuente.

Con sangre divina escribió Jesucristo el anatema del egoísmo y del odio

La falta de caridad en un sujeto cualquiera es *ruindad*. Pero en un superior es además *despotismo* intolerable, y escobardía, por que ataca desde el parapeto de su dignidad. Es villanía, porque los medios de protección los convierte en rayos que hieren. Es traición, porque trata como víctima a quien debiera tratar como a hijo. Es deslealtad, porque abandona a quien confiaba en él. Es hipocresía, porque ofende en nombre de la ley y de la razón.

Son legión los que, como el ex-emperador Valeriano, tienen que servir de estribo a algún afortunado egoísta.

Si la caridad pudiera extender sus dominios por todo el mundo, lo convertiría en un paraíso.

Pero la caridad es hermana de la fe; y no puede vivir sin ella.

Por lo mismo, el enemigo de la fe es verdugo de la humanidad.

FR. G. DE E.

EL ALFABETO Y LA DEMOCRACIA

DE «EXCELSIOR» MEXICO

Pues no ocurre otra novedad si no es que—según leo en un rotativo—el Congreso Ortográfico ha decidido suprimir siete letras del abecedario.

¡Onvre! ¡Onvre! ¡Ké vién!

Era hora de que el espíritu revolucionario penetrase en esa institución fenicia y latifundista que se llama el alfabeto. Hacia falta que un Idalgo iniciara la independencia del idioma.

¿No estamos suprimiendo generales? ¿Por que no hemos de suprimir letras?

Desde aquí estoy sospechando las que van a ser fusiladas.

Ante todo la «hache». Es una letra parasitaria; una letra que no se gana la vida por sí sola, sino que la mantienen las demás. ¡Abajo la hache! ¡Mueran las letras burguesas!

Me dirá usted que a veces es conveniente este disfraz alfabético para evitar confusiones. Por ejemplo: «hasta» sin hache es cuerno y no parece correcto agraciarse a un amigo con un par de astas cuando nos despedimos de él hasta mañana.

¡No importa! Al que le venga el saco que se lo ponga y el que se sienta capripedo buen provecho le haga. ¡Fuera la hache por inútil y entrometida!

Otra letra. La C. ¿A usted le interesa la ce? A mí no; se la regalo. Hay que considerar que siendo nosotros tan aficionados a los pronunciamientos, no la pronunciamos.

Nosotros decimos, dise, conose, parese... Y a mí no me parece que, conociendo una cosa con ese, la escribamos con ce. Hay que comensar a conoserse.

Y digo comensar y no comenzar porque también la zeta sale sobrando. ¡La zeta! ¿Ha visto usted una letra más ridícula y repugnante? Fíjese bien: z... ... Creerfase una vieja jorobada. No, por Dios! Que no nos jorobe más la zeta.

¿Y la jota? ¿Para qué sirve la jota? Para bailar la únicamente. ¡A ver! Que quiten de delante a esa señora. Que me la pongan detrás.

¿Y la y?... ¡Oidla!... y... y... y... Se antoja a una plañidera griega. Y griega lo es, en efecto. Con esa nacionalidad, cuando menos nos la presentan en la escuela. Lo que no obsta para que exista una i latina. Una guerra; civil de ies! Bueno, pues quedemonos sencillamente con la que dé cuartelazo a la otra.

¿Y la b? ¿Y la g? ¿Y la w?... ¿Siete letras no más? Me parece poco. Así como así, hay doce millones de ciudadanos—el ochenta por ciento de los sumergidos, que decía Mr. Wilson, que el Señor tenga en el Limbo—que ha suprimido las 27 que forman el alfabeto.

Lo que ha suprimido el pueblo ¿debe en usticia conservarse? Rindamos homenaje (omenage?(al Congreso Ortográfico de... por un acuerdo que suda por los poros demokrasia.

YO

P. S. Señor Tesorero de la Federación: Siembre pida Ud. que no supriman la jota, sustituyéndola por la ge, porque de lo contrario la Caja va a parecer un símbolo de la época.

¡CUANTOS PODRIAN APRENDER!

Con ocasión de su reciente estancia en París, un periódico ha publicado detalles muy interesantes de la vida que hace en Washington el embajador de Francia en Estados Unidos, el poeta Paul Claudel.

Todas las mañanas, desde el año 1927, en que fué designado embajador, asiste a la misa que se celebra a las ocho en la iglesia de San Pablo.

—No hago—exclamó Paul Claudel—sino continuar en América una práctica que en mí es familiar desde hace muchos años.

EL ABUSO DE PALABRAS DE SIGNIFICADO RELIGIOSO

En estos tiempos que tan de prisa vivimos, solemos hablar también muy de prisa, es decir, sin pensar lo que decimos.

Y, como es consiguiente, se habla mal, con desorden, con impropiedad, con menosprecio de las reglas más elementales del lenguaje.

Los periódicos, los libros de peseta el tomo, las versiones de libros extranjeros, la facilidad de los viajeros, todo ayuda a la formación de esa jerga que algunos llaman castellano.

Aunque parezca exageración, lo cierto es que nunca se ha hablado y escrito peor que en nuestros días.

Pero no queremos por hoy tratar de esto; queríamos, sencillamente, hacer algunas consideraciones acerca del abuso de algunas palabras de significación religiosa.

Por ejemplo; una escritora hablaba días ha de emprender una «cruzada» en favor del divorcio.

De los «mártires» de la República se nos ha hablado hasta la saciedad.

De Pablo Iglesias se ha repetido que fué el «apóstol» y hasta el «mesías» del socialismo en España.

La obra de Carlos Marx sobre el capital es el «evangelio» del socialismo.

De un escritor que publica unas divagaciones religiosamente sentimentales, se dice de seguida que es un «místico».

Si un torero sobresale algo sobre los otros, no faltará algún cronista o algún aficionado que lo califique de «Pontífice máximo» de la torería, y cuando reciba la primera coronada, se nos dirá muy gravemente que recibió su «bautismo de sangre».

De cuando en cuando nos sale por ahí cualquier reportero que publica una entrevista con una comedianta diciendo que la «ha confesado».

Pues no digamos nada de las metáforas que se toman de la liturgia sacrificial: hay «sacrificios» y «holocaustos» y «víctimas» y «hostias», etc. para todos los gustos. Pero, sobre todo, abundan los «sacrificios». ¿Quién no ha hecho algún «sacrificio»? ¿Quién no se ha «sacrificado por algo»? A tanto se llega, que hasta los

matarifes «sacrifican» reses en el matadero.

Cosa hermosísima es la consagración de una iglesia; pero hoy todos nos «consagramos» a algo: quién al estudio, quién a la industria o al comercio, quién a pasear o a dar mítines incendiarios

Nuestros antepasados no conocían más inspiración que la venia del Espíritu Santo; pero ahora cualquier poetaastro que haga algunos renglones cortos con apariencia de versos se enfadará si no se le dice que ha estado muy «inspirado».

¿Para qué seguir? La lista sería muy larga; y lleva camino de crecer. ¿Pero no sería de razón que, por lo menos los católicos, nos abstuviéramos de emplear vocablos religiosos en sentido profano?

Ganaría el lenguaje en propiedad y se conservaría mejor el respeto a las cosas sagradas.

EL ANARQUISMO

Aspira a ser partido, y su doctrina es el odio, la fiebre y el espanto; pretende redimirnos, y entretanto lo puede realizar, nos asesina.

El rayo que su cólera fulmina lleva al tranquilo hogar miseria y llanto y de augusta libertad el manto en sangre tiñe con tracción dañina.

Antes de verlo profanado y roto por turbas parricidas y groseras que navegan sin rumbo ni piloto.

Antes ¡oh Patria! que a sus manos mueras, *yc liberal como el primero, voto contra la libertad de las panteras.*

Manuel del Palacio